

Carlos Real de Azúa en su biblioteca

*Que, en víspera perpetua de aventura,
No salió nunca de su biblioteca.*

Jorge Luis Borges

*Entré, pues, en el Sancta Sanctorum de la biblioteca.
Te aseguro que tuve la impresión de penetrar
en el interior de un cráneo.*

Robert Musil

Si bien no era nada fácil hablar de Real de Azúa en su presencia, tampoco será fácil hablar de él ahora, cuando ya no es posible que él lo impida. Ajeno a cualquier forma de alabanza, la habría rechazado como renegaba de la fotografía —si era suya la imagen—, o de la biografía —si propiciaba las veleidades del divismo o si fuera poco más que «una literatura de sobremesa»—. ²¹⁴ Ni hablar de sí mismo ni oír a otros hablar del mismo tema.

Entonces, ¿qué registro para evocar en algunas palabras el conocimiento tan natural como sorprendente, el rigor desenvuelto entre severo y sarcástico que, por la precisión, no descartaba la burla, la erudición sin resquicios y las errancias de un *flâneur* que recorría en Montevideo la historia de la ciudad y del mundo, ni tan ajeno ni ancho, que conocía como pocos sin haberlo casi transitado? ¿Ya habría previsto la incómoda inutilidad de los viajes? En la época en que «el viaje» era el espejismo soñado por todos, Real de Azúa viajaba poco y regresaba pronto, no aventurándose mucho más que a periplos locales, casi domésticos.

Por otra parte, la vastedad y variedad temática e idiomática de su biblioteca deparaba similares aventuras, anticipando las navegaciones extraterritoriales que las redes satelitales de la actualidad ofrecen a domicilio, sin alterar el afortunado sedentarismo de quienes, asociados hoy a ratones de computadoras, no reniegan de los ratones de biblioteca de otros tiempos, aunque en ciertas latitudes la especie parezca estar casi en extinción.

Si, como se ha repetido demasiado, «el estilo es el hombre» («le style c'est l'homme même») no sería exagerado afirmar, con respecto a Real de Azúa, que «la biblioteca es el hombre» y, a partir de la unidad de su valiosa colección, reconocer la singularidad de su figura.

²¹⁴ Las biografías, *Capítulo Oriental*, n.º 40, Centro Editor de América Latina, Montevideo, 1969.

En una de sus novelas autobiográficas recordaba Amos Oz que, cuando era niño, quería ser libro: no quería ser escritor, sino libro.²¹⁵ Real de Azúa habría realizado esa aspiración porque él mismo era sus libros, los que escribía o los libros de su biblioteca. No me pesaría, entonces, utilizar de «comodín metódico» una especie de coartada para acercarme a su asombrosa capacidad de pensar, a la notable imaginación intelectual que era su «régimen»²¹⁶ —y haciendo lo posible por esquivar el encomio—, aplicar a sus *singularidades* los atributos que Real de Azúa asigna a la obra literaria. Y lo cito:

Porque si la obra literaria es individual, «individuum est ineffabile» —lo recordaba Leo Spitzer apoyándose en la sentencia de Espinosa—, la «inefabilidad» porta las notas de contingencia de «un complejo humano singular», esto es lógicamente indefinible y solo capaz de ser descripto mediante un conjunto de notas originales. Todo aparato conceptual, entonces, todo sistema de normas, toda clasificación que, para agruparlas con otras, para mostrar afinidades, tome lo que solo son sus rasgos genéricos, importará así una mutilación de ese margen de «inhabilidad» que la individualiza, una construcción artificial, una simplificación errónea e irreverente.²¹⁷

De manera que, dadas esas notas y con más razón, tratándose de Real de Azúa, habría que suspender clasificaciones, conceptos y categorías, asumiendo las insuficiencias lógicas propias de la indefinible condición del genio o de la obra que, si vale, vale ambivalentemente. Clasificada o clásica, la obra magistral perdura, pero, como dice en el mismo ensayo, «todo conjunto en que quiera insumírsela es artificial y, en puridad, falsifica nocivamente su espléndida y original insularidad».

De ahí que no sería desmesurado idear una *metodología negativa* necesaria y secular para que la definición no entre en colisión con la indefinición y desafíe, desde ese equilibrio conceptual bastante inestable, varias formas de la gravedad; ni gravedad, si es fuerza de atracción, ni gravedad, si es circunspección de circunstancia. En todo caso, «A grave man» se reía hace treinta años Real de Azúa, aliviando la despedida de quien se entreveía —genio y figura...— ya al borde «de la fuesa», restándole, a ese regreso arcaico y a una inminencia cierta, cualquier dramatismo.

Un poeta ya había dicho que «Les morts son faibles». Sí, los muertos son débiles y para no abusar de esa debilidad intentaría evitar «tanto parloteo inefabilista»,²¹⁸ suspender la inercia de clasificar la multiplicidad de intereses y sustraer las singularidades de su obra y de su enseñanza a los frenos de una comprensión restrictiva. Pero, ¿cómo prescindir de las categorías establecidas sin dejar de conocerlas? ¿Cómo dilucidar una taxonomía a contrapelo cuando, aun

no conformándose a ellas, se las confirma? No redunda Fernando Pessoa cuando asegura, en un afán aristotélico a contrapelo,

Dividiu Aristóteles a poesia em lírica, elegíaca, épica e dramática. Como todas as classificações bempensadas, é esta útil e clara; como todas as classificações, é falsa.²¹⁹

Por eso, tampoco diría de Real de Azúa que es un transgresor, sino, y de la mejor manera, un *digresor* —aunque el *Diccionario de la Real Academia Española (drae)* no registre esta palabra ni dé entrada a la igualmente válida acción de *digredir*—. Al ser la *digresión* uno de los rasgos más marcados de una presencia que se aleja, el apartamiento digresivo-progresivo de *su conversación*, sin abandonar el tema principal, lo dispersa en distintas direcciones con el fin de no dejar de lado adyacencias que, inesperadas, devienen sustanciales. En suma, las digresiones interesaban tanto o más que el asunto principal, dando lugar a esparcimientos que ampliaban en esa *di-versión* discursiva más de una versión, un planteo divertido que disparaba la gracia en varios sentidos que no eludían la responsabilidad de quien los multiplicaba. Aunque permanecía durante horas, desde la llegada estaba justo a punto de irse, que es una forma muy contradictoria de quedarse, casi en fuga. Es cierto, en su entorno se respiraba un risueño aire de *fuga*, como motivo musical y su contrapunto; una fuga constante la suya que se prolongaba en un *happy unend*, un feliz sin final, que la viva inteligencia dejaba inconcluso.

Si se decía que no es ni era nada fácil *hablar de él*, habría que aclarar, en cambio, que no era nada difícil *hablar con él*, siempre que se quisiera entablar una juiciosa *escucha* en un diálogo escasamente dialogado en el que prevalecía la perplejidad silenciosa de un oyente todo oídos y de un hablante más que entendido, de buen talante, que sabía de todo, menos de la presunción y alarde de todo lo que sabía y decía. Un oyente tan atento y lacónico como el lector silencioso que la lectura requiere entabla hoy un diálogo infinito, en vaivén entre el presente y el pasado, a partir de sus propios escritos o de los libros que leyó, subrayó, citó, e incluyó en su biblioteca, de la que no hablaba, la colección que, bajo sospecha de desaparición, y también por eso mismo, más apasiona a Walter Benjamin. Entre librerías, remates y anticuarios Benjamin le da forma a su colección, la conforma a su albedrío, aunque reconoce —y no es el único— que «entre todos los medios de procurarse los libros, el más glorioso es el de escribirlos uno mismo».²²⁰ En cambio, como en un cuento célebre en el que la palabra clave no se menciona, Real de Azúa no hace nunca referencia a la suya, y raramente a otras, aunque alude más de una vez a las deficiencias que las afectan:

215 Oz, Amos, *Una historia de amor y oscuridad*, Siruela, Madrid, 2005, 37.

216 Me refiero a la noción que Jacques Rancière formula en *L'Inconscient esthétique*, Galilée, París, 2001.

217 Real de Azúa, Carlos, «El individuo y la serie» (manuscrito inédito).

218 Real de Azúa, Carlos, «Problemas de la enseñanza literaria: la elección de autores», *Anales del Instituto de Profesores Artigas*, n.º 3, Montevideo, 1958, 33-58.

219 Pessoa, Fernando, «Os outros eus / Gênese et justificação da heteronímia», *Obras em prosa*, Editora Nova Aguilar, Río de Janeiro, 1986.

220 Benjamin, Walter, «Je déballe ma bibliothèque. Discours sur la bibliomanie», o. cit., 3-10.

La inconexión cultural entre nuestros países, la falta de bibliotecas especializadas, nuestra misma posición uruguaya, tangencial a los grandes centros de edición hispanoamericana, así lo determinan.²²¹

Desaforada, su conversación, sin ceder a las facilidades de la elocuencia, competía con escritos en los que no omitiría antecedentes, circunstancias, contextos, indagando sobre las contingencias de la situación que, como tal, no se agota. Más que conciliar el antagonismo entre coherencia y digresión, se debatía entre las insuficiencias de la *definición* contrarrestándola por la *enumeración* pero, sin desplazar la perspectiva teórica, daba cuenta de una disposición cognoscitiva distinta de quien conoce y no se resigna a que

El discurso espacio-temporal de la escritura [dé] mal la simultaneidad de los fenómenos.²²²

En esa confrontación entre la simultaneidad del *todo* y el desarrollo de una escritura que simula conservar en la *consecutividad* el tiempo, resume tanto su cuerda histórica, crítica, teórica, estética, en la que comprometía una *visión global* del mundo y sus acontecimientos, que desgrana punto por punto en la abreviada cifra de una discursividad en conflicto, la fatalidad de la presencia que un narrador, preocupado por el inasible tiempo de la escritura, había advertido en otras palabras de significación semejante:

Lo que vieron mis ojos fue simultáneo: lo que transcribiré, sucesivo, porque el lenguaje lo es.

Antes de que el término «global» y sus derivados se impusieran en el campo de mercados o empresas, Real de Azúa reivindicaba la visión de un todo, pero articulado según la exhaustiva y espontánea abundancia analítica de su método que, sin comprometer una teoría particular o las obligaciones de un pensamiento de moda, consistía en *agotar* todas las hipótesis posibles de una cuestión, marcando sus aristas, agrietándola en vetas, iluminando los estratos y fallas de una materia estremecida por el *clivaje* de un *todo* al que se refiere más de una vez, aun cuando el *drae* sigue empecinado, todavía hoy, en no registrar el término, aun cuando no solo el pensamiento refractivo de Real de Azúa lo requiera, sino las ciencias sociales y las naturales, incluso las más duras, necesiten desde hace siglos referirse a planos, niveles, láminas, en los que se fragmenta un objeto geológico o no.

«Todo está en todo, es cierto, pero ¿y el resto?» Más allá de la ironía del personaje de Laforgue y del propio poeta, es cierto, nunca se logra decir todo; ni pensarlo. Es así que Real de Azúa cuestiona todo porque, en realidad, «la totalidad» y la necesidad de hacerla inteligible es el dilema.

221 Real de Azúa, Carlos, «El último libro de Zum Felde: La Historia del Ensayo: El Juicio y el Lenguaje», *Marcha*, n.º 791, Montevideo, 25/11/1955, 20-22, disponible en: <www.archivodeprensa.edu.uy/carlos_real_de_azua/textos/bibliografia/lahistoriadelensayo.pdf>, 10/12/2013.

222 Real de Azúa, Carlos, *La Universidad*, Celadu, Montevideo, 1992, disponible en: <http://www.archivodeprensa.edu.uy/carlos_real_de_azua/textos/bibliografia/launiversidad.pdf>, 10/12/2013.

Atento a las alarmantes confusiones que amenazaban a toda Europa hacia fines de los años treinta, no sorprende que el primer libro de Real de Azúa, *España de cerca y de lejos*, publicado en 1943, se proponga, además de una urgente y fundada retractación, un examen riguroso del totalitarismo. A lo largo de un centenar de páginas, si no en todo el libro, describe en plena expansión totalitaria del nacional-socialismo, el fascismo, el comunismo, el franquismo —régimen al que adhirió, pero del que supo desdecirse con la más rotunda convicción, revocando errores y descréditos al regresar de España—.

Esa obstinación en «todo», en asirlo, disgregarlo y restituirlo, es una de las cuestiones que la estética ha discutido desde los orígenes. Las series-fuera-de-series que enhebran sus reflexiones tensan las alternativas entre sucesión y simultaneidad, que es, entre otros, uno de los temas a los que la lucidez extrema de sus textos, de sus ideas, que no serían claras ni distintas —si la claridad implica simplificar o si, por distintas, no se universalizarían—.

La argumentación sólida, las referencias remotas y eruditas, rivalizaban con la información más actual convergiendo hacia un todo no clausurado que exhibe los huecos que, descriptivamente, filtran la «entidad unitaria»²²³ de un pensamiento incontenible, «convicto y confeso».²²⁴ No sé si me atrevería a calificarlo con el término *holosófico*, pero además de un estudioso de teorías y corrientes estéticas, era un pensador sabio que no desechaba por parcial o por ajena ninguna doctrina, sin que lo asistiera un ánimo ecuménico ni ecléctico, sino el mero trámite del no-ignorar, «Saltando sobre tanto ecumen»,²²⁵ ¿o acumen?

Los ejemplos no faltan. Uno, entre otros, la definición de «El concepto de literatura» (Primera parte. «Programa de Introducción a la estética literaria». Curso de 1971), que podría dar muestra de esa monumental *irradiación*, en todas direcciones, «no solo de su excelente y actualizada nutrición filosófica sino también de una experiencia estética de calidad más que inusual»,²²⁶ como decía a propósito de Juan Luis Segundo. Más que el programa de un curso, como ya se había señalado antes, es un modelo de un programa crítico, teórico, interdisciplinario, porque no se trata de reprobador una actitud recopiladora, que objeta en Zum Felde y en sus habituales síntesis: «exhortaciones a adaptar lo universal a la experiencia americana y a lograr una síntesis de lo telúrico y de lo cosmopolita».

223 Real de Azúa, Carlos, «Problemas de la enseñanza literaria: la elección de autores», o. cit.

224 Real de Azúa, Carlos, «Método y Significado de una Literatura Hispanoamericana», *Marcha*, n.º 787, Montevideo, 28/10/1955, 20-23, disponible en: <http://www.archivodeprensa.edu.uy/carlos_real_de_azua/textos/bibliografia/lahistoriadelensayo.pdf>, 10/12/2013.

225 Real de Azúa, Carlos, «El último libro de Zum Felde. La Historia Literaria de América como compromiso», *Marcha*, n.º 789, Montevideo, 11/11/1955, 20-22, disponible en: <http://www.archivodeprensa.edu.uy/carlos_real_de_azua/textos/bibliografia/lahistoriadelensayo.pdf>, 10/12/2013.

226 Real de Azúa, Carlos, «Juan Luis Segundo», en *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*, tomo II, o. cit., 11-59, disponible en: <http://www.archivodeprensa.edu.uy/carlos_real_de_azua/textos/bibliografia/juanluissegundo.pdf>, 10/12/2013.

Su programa, que continúa sorprendiendo, no propone conciliar la diversidad de posiciones-oposiciones, sino yuxtaponerlas, habilitando la discusión sobre las compulsiones de la selección, más *pantológica* que antológica. Una entidad electiva, selectiva, colectiva, donde manifiesta su *profesión de fe bibliográfica* tan incontenible como la generosidad de prodigarla en la abnegada acumulación de textos escritos al dorso de páginas ya usadas, como si su papel reciclado e informal legitimara la consabida operación palimpsestuosa de escribir sobre lo escrito.

Su *decisión de decirlo todo* aun sabiendo la vanidad o inutilidad del propósito, la voluntad de verdad disidente, de fidelidad literal y fehaciente trama cada uno de sus textos. Si toda doctrina filosófica concluye reducida, con el tiempo, a poco más de una palabra, Real de Azúa ya sabía cuál era en cada autor, en cada tratado, y en su programa figura entre comillas. Cuando no había herramientas informáticas para aliviar el ímprobo esfuerzo de copias minuciosas, transcribe largas tiradas, a máquina (diríamos *a mano*), intercalándose entre sus líneas, dando cuenta de lecturas, citas en distintos idiomas, interminables, vuelve a escribir lo que escribió otro y, contra corriente, impugnándolo.

Al celebrar la rareza de una revista dedicada a informaciones bibliográficas, reclama la urgencia de atender una carencia que sigue planteada y flagrante:

Pero el fárrago, la escoria, la inaudita ausencia de jerarquía, la infinita multiplicación pueden no matar. Pueden evitarse cuando se tiene un exorcismo. Y el único exorcismo es la bibliografía. Si la bibliografía no es su cura es, por lo menos, su paliativo. Si no nos da la seguridad de tener bajo nuestros ojos todo lo que nos interesa, nos da la relativa certeza de tener una referencia de ello. Nos da pistas seguras para nuestras búsquedas. Nos permite un expurgo previo que es sustancial ganancia de trabajo y de esfuerzo. Con cuatro o cinco revistas solventes poco es lo que de realmente importante escapa (realmente escapa) en cada círculo de cultura.²²⁷

Paradojal, su afán por alcanzar un conocimiento crítico abunda tanto en sus legendarias notas, que radican al pie de la página esa coherencia digresiva, como en las bibliografías que despliegan la dilecta erudición que la fórmula del título «Conocimiento y goce» consignara emblemáticamente. Consigna o emblema, como en el Génesis, ambas nociones ya no se distinguen.

En ese manuscrito, fragmentario, disperso, inédito, que deriva de sus expansiones programáticas, coinciden, en conocimiento gozoso, su pensamiento, sensibilidad, sentimiento, con las valiosas lecturas que sustentan su ponderación estética.

Ahora *Real de Azúa es su biblioteca*, una reliquia, conservada en sus obras y repertorios bibliográficos que apuntaban hacia una *biblioteca total*, similar al cuento que imagina en la biblioteca «un avatar tipográfico de la doctrina del

²²⁷ Real de Azúa, Carlos, *Aníbal R. Abadie-Santos. Jurisconsulto y humanista (1893-1960) Documentos-escritos* (Homenaje de «Jurisprudencia» a su fundador, 1926-1960), Adolfo Amit Editor, Montevideo, 1961, 104-109, disponible en: <http://www.archivodeprensa.edu.uy/carlos_real_de_azua/textos/bibliografia/abadie.pdf>, 10/12/2013.

Eterno Retorno»,²²⁸ circular como una interminable enciclopedia, que empieza por ciclos o círculos, haciendo circular el conocimiento, que vuelve sobre sí mismo y se difunde, tal vez para no terminar. Es en una biblioteca donde el autor de *Noche y Niebla*, Alain Resnais, radicó *Toda la memoria del mundo*, dos films significativamente inmediatos, con la probable intención de emplazar un lugar que contrarreste la barbarie, aunque conserve sus lastres.

Por razones válidas, la biblioteca, que siempre ocupó un lugar mayor en el espacio literario, sigue siendo el *tópico* —un *lugar común* de *lugar y tema*—, y remedio de diversos y grandes males. ¿Por qué vale recordar a Alain Resnais y otras bibliotecas sombrías,²²⁹ vacías, incineradas, o a punto de desaparecer para volver, con suerte, al espacio esperanzado de multiplicadas redes? Las enormes bibliotecas de plomo quemado, libros y papeles ahumados en negro retorcidos de Anselm Kiefer, que no me pesa recordar una y otra vez, replican y recuerdan los libros arrojados a las llamas en la Bebelplatz de Berlín por los estudiantes nazis y, allí mismo, donde encendieron esas hogueras, se hunde la biblioteca vacía de Misha Ullmann en un sótano, apenas visible a través de un vidrio. Melancólicas y distantes se asocian las palabras de Gustavo Gallinal, citadas por Real de Azúa,

libros que son urnas de cenizas, cobran valor como signos de una modalidad o tendencia que cavó hondo en la intelectualidad de una generación; ignorarlos es dejar rotos algunos eslabones de la historia literaria.²³⁰

Las bibliotecas inquietan, un vago presentimiento anuncian que se encuentran en riesgo, sombrías, solemnes y amenazadas —o preservadas— por los rápidos y asiduos accesos a bibliotecas virtuales que ya son, más que una venturosa expectativa, una práctica feliz, cotidiana, complaciente, solícita. ¿Será por este éter de eternidad que, desde los tiempos ancestrales, se imagina el Paraíso bajo especie de biblioteca? una eternidad para el escritor y lector que es Real de Azúa cuando él *es sus libros*, una naturaleza que *sus libros* prolongan en su «sustancia más honda».²³¹ Aun escritas, las palabras hablan: *sus libros* son los que escribió y los que su biblioteca, suyos o ajenos, igualmente propios, comprende.

²²⁸ Borges, Jorge Luis, «La biblioteca total», *Sur*, Buenos Aires, año IX, n.º 59, agosto de 1939.

²²⁹ Resnais, Alain, *Toute la mémoire du monde*, París, 1956.

²³⁰ Real de Azúa, Carlos, «Prólogo», en Gallinal, Gustavo, *Letras uruguayas*, Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos Uruguayos, vol. 125, Montevideo, 1967, disponible en: <http://www.archivodeprensa.edu.uy/carlos_real_de_azua/textos/bibliografia/prologogallinal.pdf>, 10/12/2013.

²³¹ Real de Azúa, Carlos, «El individuo y la serie», o. cit.